



## **12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**La Plata, junio y septiembre de 2021**

GT 37: La política como proceso vivo: creatividad social e imaginación antropológica en el análisis de la política colectiva y la (re)producción de la vida

### **La Manada en el barrio. Dinámicas, relaciones y controversias socio-productivas en un colectivo de mujeres tejedoras**

Victoria Reusa. Instituto de Antropología de Córdoba (CONICET/UNC).

[vic\\_reusa@hotmail.com](mailto:vic_reusa@hotmail.com)

#### **Resumen**

La presente propuesta se desprende de experiencias sociales sobre las que vengo trabajando en el marco de mi investigación de doctorado en antropología (FFyH, UNC), vinculada al conocimiento de e intervención en las articulaciones entre procesos socio-productivos y de organización colectiva en barrios populares de la ciudad de Córdoba.

Particularmente, surgen del acompañamiento etnográfico a un grupo de mujeres tejedoras, habitantes de uno de los barrios más populosos de la ciudad: Villa El Libertador. Dicho colectivo nace en el seno de una organización social con extensa trayectoria barrial, reuniendo a militantes sociales y vecinas, de entre 30 y 60 años, la mayoría de ellas trabajadoras domésticas informales, jefas de hogar, con hijos a cargo y beneficiarias de distintos programas sociales. Fue su encuentro con dos jóvenes tejedoras que integraban espacios reconocidos como “feministas”, y la propuesta de trabajo conjunto lo que generó un punto de quiebre en los recorridos de este proyecto barrial. La “manada”, como denominaron al nuevo espacio colectivo y productivo, se fue tornando en un punto de “interseccionalidad” entre política, economía, género y clase social.

En medio de los debates mediáticos respecto a los rumbos futuros del mundo del trabajo, las ascendentes cifras del INDEC en materia de desocupación, subocupación y trabajo asalariado no registrado, la creciente precarización de la vida en los barrios y la denuncia pública sobre las desigualdades de género, estas mujeres y su proyecto de tejido afloran como un interesante espacio de indagación etnográfica. Tanto en relación a los cruces empíricos entre diversos paradigmas económicos (entre la economía política clásica, las economías populares y el “trabajo reproductivo, cotidiano, afectivo e inmaterial” de las economías feministas) como en los ensayos de otras formas de relacionalidad laboral, enunciadas como “autogestivas”, “justas”, “horizontales”, “amorosas”, “sororas”. Asimismo, abren preguntas sobre las controversias y desafíos cotidianos implicados en la construcción de vínculos colectivos (de “hermandades”) impulsados por los feminismos urbanos contemporáneos. Algunas de estas cuestiones son las que me interesarían compartir y discutir en el marco de este grupo de trabajo.

**Palabras claves:** *mujeres; procesos socio-productivos; organización colectiva; feminismos metropolitanos.*

## **Introducción**

Cuando escribí el resumen para participar en este congreso, hacía pocos meses que la coalición del Frente de Todos, encabezada por Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner, había asumido la presidencia del país. 2019, el año de las elecciones nacionales, había sido también mi primer año de beca doctoral.

Dicha beca enmarca una investigación que propone conocer e intervenir<sup>1</sup> en las articulaciones entre procesos socio-productivos y de organización colectiva en barrios populares de la ciudad de Córdoba. Su planteo comprende una serie de problemáticas sociales que, desde los años 80, atraviesa los estudios académicos

---

<sup>1</sup> Esta práctica plantea la posibilidad de transformar nuestras lecturas o procesos de pensamiento antropológico en acciones concretas que no solo busquen producir una perspectiva sobre los hechos sociales, sino generar acciones que participen (con objetivos e incidencias específicas) en el curso y la co-creación de los mismos (Quirós, 2021).

latinoamericanos y euroamericanos enfocados en el afianzamiento y la multiplicación de condiciones estructurales de exclusión, vulnerabilidad y precariedad laboral, enmarcadas en la desintegración de la “sociedad salarial” (Castel 1997), y su correlato en las condiciones de vida de amplios sectores de la población (Lorey 2016).

Al igual que en otras grandes urbes del país, en la ciudad de Córdoba la agudización de estos procesos tiene inscripción tanto en los territorios como en los cuerpos. Los barrios urbanos, segregados e informales, y sus mujeres se tornaron en principales escenarios y destinatarias de la implementación de políticas orientadas a la promoción y generación de empleo, inclusión y desarrollo socio-productivo, como también en primordiales protagonistas de novedosos repertorios organizativos y de acción colectiva.

Es así como llegué a Villa El Libertador y a Cosas de Mujeres. El primero – de ahora en más La Villa- es uno de los barrios populares más grandes de la ciudad, conocido también como “La Matanza cordobesa”, cuyos inicios de urbanización se vinculan a los procesos de industrialización iniciados en la década del 40, al movimiento obrero organizado de los tiempos del Cordobazo y a las puebladas del interior argentino de las décadas del 60 y del 70. Con la desindustrialización, en las últimas décadas, este barrio y sus habitantes sufrieron un notorio proceso de empobrecimiento que conllevó, siguiendo los aportes del sociólogo Denis Merklen (2010[2005]), la territorialización de la política. El segundo es un colectivo de mujeres formado en el seno de UniDHos, una organización de derechos humanos que surge a fines de los 80 y que, en el marco de los procesos sociales mencionados, trasladó su trabajo político a barrios de la zona sur cordobesa en la década del 90. Particularmente, el grupo de mujeres comenzó a formarse en 2016 y surgió como un espacio de acompañamiento colectivo vinculado a dos problemáticas que las afectaban directamente en su condición de género y como habitantes de estos territorios urbanos periféricos: la violencia doméstica y el acceso a la salud. Este espacio fue mutando a lo largo de los años y actualmente reúne a dos militantes sociales con un extenso trabajo comunitario barrial, y entre diez y ocho vecinas, de entre 30 y 50 años, la mayoría de ellas trabajadoras domésticas informales, jefas de hogar, con

hijos a cargo y beneficiarias de distintos programas sociales. Fue a fines de 2017, y bajo la preocupación común de cómo tornar ese espacio colectivo en “productivo”, principalmente en su sentido monetario, que comenzaron a crear artesanías para procurar vender en ferias y espacios barriales.

Mi llegada al barrio y al grupo de mujeres, a mediados de 2018, coincide con un momento de quiebre en este proceso. Dicho punto de inflexión se vinculó con la llegada de dos jóvenes tejedoras que venían participando en espacios reconocidos como “feministas” y que les propusieron trabajar juntas en un proyecto de tejido denominado La Manada. Este proyecto, a su vez, se enmarcaba en un emprendimiento productivo cordobés, motorizado principalmente por mujeres jóvenes, urbanas y de clase media, cuyo principal objetivo apuntaba a colaborar para que más mujeres puedan encontrarse y generar espacios de trabajo colectivo, que sean espacios “de cuidado, amorosos y sororos”, y potenciar en ello la organización, la cooperación y el impulso de hermandades entre mujeres.

La Manada comenzó a consolidarse en la Villa durante el último período de gestión de Cambiemos, y en plena ebullición electoral. ¿Por qué señalo esta particularidad? Porque, en primer lugar, se corresponde con una tasa de desocupación que, en Córdoba y según el INDEC, alcanzaba los dos dígitos (11%), un marcado aumento del índice de fragilidad laboral (que contempla la escasez de puestos de trabajo, la precariedad laboral y el poder de compra de los ingresos) con notorio impacto en mujeres y jóvenes<sup>2</sup>, y la inflación más alta en los últimos 30 años (53,8%). En segundo lugar, porque estas estadísticas aparecían resignificadas en los titulares periodísticos nacionales bajo ya conocidos discursos y rótulos sociales. “Necesitamos más emprendedores y menos espíritu cartonero”<sup>3</sup>, declaraba Miguel Ángel Pichetto en uno de sus actos como candidato a vicepresidente; “El pobre para sobrevivir hace changas, es cartonero o arma un grupo de cumbia”<sup>4</sup>, sentenciaba la entonces ministra de seguridad Patricia Bullrich. La controversial escisión entre “los

---

<sup>2</sup> <https://citra.org.ar/tag/indice-de-fragilidad-laboral/>

<sup>3</sup> [https://www.cadena3.com/noticias/elecciones-2019/pichetto-necesitamos-mas-emprendedores-menos-cartoneros\\_141383](https://www.cadena3.com/noticias/elecciones-2019/pichetto-necesitamos-mas-emprendedores-menos-cartoneros_141383)

<sup>4</sup> [https://www.clarin.com/politica/patricia-bullrich-pobre-sobrevivir-hace-changas-cartonero-arma-grupo-cumbia-0\\_0V3DfEN4.html](https://www.clarin.com/politica/patricia-bullrich-pobre-sobrevivir-hace-changas-cartonero-arma-grupo-cumbia-0_0V3DfEN4.html)

que no trabajan” (reencarnados en las figuras de “pobres”, “planeros” y “piqueteros”) en contraposición a “la clase media trabajadora” (en el último tiempo muy asociada a la figura del “emprendedor”) reactualizaba la grieta en el imaginario de las clases trabajadoras argentinas.

Ahora bien, La Manada resitúa estos procesos en diálogo con el avance, la masividad y la radicalidad del movimiento feminista y sus diferentes manifestaciones, tanto en Córdoba como en el país. Un proceso que, sin estar explicitado en mi proyecto original de investigación, emergió etnográficamente con mucha potencia.

La intención de esta ponencia es compartir, en primera instancia, algunas de las experiencias sociales registradas en relación a las dinámicas y controversias en las relaciones que fueron haciendo a La Manada como espacio productivo y colectivo. Cabe mencionar que este registro comprende diferentes instancias de trabajo de campo. Una primer etapa, realizada de manera intensiva y presencial, entre agosto de 2018 y febrero de 2020. Una segunda etapa, entre marzo y diciembre de 2020, realizada a través del acompañamiento virtual por medio telefónicos y de redes sociales, debido al decreto de Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por la pandemia de COVID-19 en todo el territorio nacional.

Es desde la diversidad de estos materiales etnográficos, que procuraré dar cuenta de la relacionalidad de diversos procesos sociales contemporáneos: la creciente precarización de la vida de las mujeres de los barrios, las tramas territoriales colectivas, y los encuentros y desencuentros con espacios del movimiento feminista. En síntesis, ensayar primeras reflexiones en relación a los cruces entre mujeres, economías y territorios, desde La Manada como espacio de indagación etnográfica.

### **Las mujeres, el tejido y las feministas**

Como decíamos anteriormente, Cosas de Mujeres comenzó a formarse a mediados de 2016. Algunas de las mujeres que allí participaban venían de otro grupo, formado a principios del 2000 en el seno de UniDHos: Mujeres en Marcha. Este espacio había surgido en íntima relación a un proceso que Gago (2019) describe como la “politización de la reproducción social”: en la crisis argentina del 2001, las mujeres

se hicieron cargo de producir espacios de reproducción de la vida en términos colectivos y comunitarios frente al devastamiento que causaba la desocupación entre los varones, declinantes en su figura de jefes de hogar (Gago, 2019: 128). Disputarle planes y recursos al Estado, gestionar y distribuir alimentos, buscar soluciones colectivas a las tareas de reproducción cotidiana por fuera de las casas, habían sido las acciones que habían encontrado a militantes sociales de larga trayectoria como Alba, una mujer de 50 años oriunda de una familia de clase media y peronista que militaba desde la década del 90, con vecinas de los barrios de diversas edades. A su vez, este proceso de feminización de la organización se vio potenciado por un evento concreto: el fallecimiento, en 2013, de Pedro, el principal referente varón de UniDHos.

Largas trayectorias de militancia política en y desde el barrio, y prolongados e íntimos vínculos interpersonales que entramaban la vida cotidiana de estas mujeres hacía ya más de dos décadas, fueron el motor para volver a impulsar un espacio de mujeres dentro de UniDHos luego de que, tras un proceso de diferencias y conflictos, Mujeres en Marcha terminara fracturándose en 2015. Pero en esta oportunidad, el aglutinante vendría principalmente en relación a otras dos problemáticas que las afectaban en su condición de género y de sostenedoras de la reproducción de sus familias: las dificultades en el acceso a la salud y el padecimiento de violencias, vivenciadas principalmente en sus entornos familiares.

Con el correr del tiempo, Cosas de Mujeres se iría construyendo como un espacio de acompañamiento de mujeres que estuvieran viviendo diversas situaciones de vulnerabilidad. Pero, sobre todo y siguiendo los aportes de Virginia Manzano, en un espacio donde “socializar la vida”: un red afectiva de escucha, contención y acción, cuyo horizonte político apuntaba a mejorar y preservar las vidas individuales y colectivas<sup>5</sup>. El espacio físico más fuerte donde se ponían en práctica estas búsquedas eran las reuniones de los jueves en la Casa del Pueblo, la sede de UniDHos en Villa El Libertador.

---

<sup>5</sup> Retomo estas ideas de Seminario “Socializar la vida: Antropología de la política desde las ciudades autoconstruidas”, dictado de manera virtual por la Dra. Virginia Manzano (ICA, FFyL, UBA), y organizado por el IDAES (UNSAM) el 15 de septiembre de 2020.

Dentro de este universo polifacético de acción, el abordaje colectivo de la cuestión del trabajo también ocupó un lugar importante desde sus inicios. A fines de 2017, y bajo la preocupación común de cómo tornar el tiempo que se colectivizaba en “productivo”<sup>6</sup>, comenzaron a crear artesanías para venderlas en ferias y encuentros barriales. A ese proyecto lo llamaron “Trama, arte y locura”, y se basaba principalmente en la producción de almohadones, atrapasueños, portamacetas, ropa tejida, agarraderas para ollas y alfombras.

Entre las mujeres del barrio, las que más se involucraron fueron Marisa (50 años), Roxi (32), Ruth (40) y Claudia (45). No casualmente eran quienes presentaban situaciones económicas más complejas, y las buscaban constantemente algún ingreso o trabajo. Estas cuatro mujeres habían nacido en el barrio. De ellas, solo Roxi había terminado la escuela secundaria. Ruth, de hecho, se encontraba haciéndola en una escuela para adultos de la zona. Sea porque necesitaban independizarse económicamente de sus parejas (Marisa y Claudia), contribuir a la economía de su familia (Roxi) o “llenar la olla” para alimentar a sus hijas (Ruth), estas mujeres venían de experiencias de imposibilidades laborales o de arreglos extremadamente informales, precarios, inestables, inseguros, desiguales y llenos de conflictos y tensiones: Marisa trabajaba cuidando una niña de dos años, cuatro horas al día pero en horarios rotativos, por lo que le pagaban, en abril de 2019, \$4000 fijos al mes (\$50 la hora)<sup>7</sup>; Roxi tenía dos hijos chiquitos y ocasionalmente realizaba trabajos de limpieza en casas particulares, sobre todo en los country colindantes al barrio, para sumar a los ingresos de su marido albañil; Ruth, que era el principal sostén económico de su familia, trabajaba como radioperadora en una remisería del barrio durante el turno noche (ingresaba a las 22 y salía entre las 8 y 9 de la mañana, jornada por la que recibía \$500 -entre \$40 y \$50 la hora-); y realizaba tareas de limpieza y de cocina “cuando la llamaban” (ella le llamaba “isaurear”, haciendo alusión a la novela brasilera “Isaura, la esclava”) para una abogada que, hasta noviembre de 2019, le pagaba \$70 por hora; Claudia había sufrido hacía dos

---

<sup>6</sup> La preocupación sobre la “productividad” del espacio de mujeres y el tiempo que allí se comparte fue una cuestión en debate constante durante todo mi trabajo de campo. Sobre ello, véase Reusa 2020.

<sup>7</sup> El 1° de marzo de 2019 se estableció el aumento del Salario Mínimo Vital y Móvil de \$11.300 a \$12.500, quedando en \$62,50 la hora para trabajos jornalizados.

años un ACV y había quedado con dificultades en el habla, razón por la cual se le imposibilitaba conseguir trabajo, volviéndola dependiente de su marido, con quien tenían numerosos conflictos.

El proyecto “Trama, arte y locura”, entonces, venía siendo un espacio productivo donde confluían relaciones de afecto y experiencias de organización previas entre las mujeres. Así también como un espacio de aprendizaje productivo. Sin embargo, la principal dificultad no radicaba tanto en organizarse para producir sino en lograr efectivamente comercializar y vender lo producido.

A mediados de 2018 comencé a escuchar hablar, en sus encuentros de los jueves, sobre la posibilidad de sumarse como tejedoras a un emprendimiento feminista local: Luna Roja. Yo ya lo conocía: desde hacía un par de años se había hecho popularmente conocido en mi entorno de amigas y compañeras universitarias principalmente por la producción y venta de toallitas de tela y otros productos vinculados al ciclo menstrual y la salud femenina. La llegada de Luna Roja a Cosas de Mujeres comenzaría a darse a través del acercamiento al grupo de dos mujeres que no eran del barrio: Rebe y Natu.

Rebe tenía treinta años y era hija de Alba. Natu era un par de años más grande. Ambas eran amigas de la juventud, se habían conocido en las peñas universitarias. Además del gusto por el folklore, compartían otra pasión: el tejido. Sin embargo, lo que las había vuelto a reunir en el último tiempo, al igual que a numerosas mujeres de la clase media cordobesa, había sido la cuarta ola feminista y las numerosas marchas y movilizaciones en defensa de los derechos de las mujeres y disidencias.

A diferencia de las mujeres de UniDHos, Rebe y Natu no tenían hijos ni maridos. Vivían en casas propias, en barrios más cercanos al centro de la ciudad. Rebe trabajaba durante la semana como niñera del hijo de una amiga, en un barrio de clase media alta. Natu obtenía su principal ingreso económico de atender una cantina en una escuela privada, ubicada en el centro urbano. Sin embargo, desde hacía años, reconocía que el tejido era su vocación y venía intentando desplegar estrategias para poder vivir de ello.

En esa misma línea de búsquedas fue que Natu comenzó a participar en Luna Roja. Un emprendimiento, o lo que en el ámbito feminista se conoce como productiva, que

principalmente movilizaba productos y recursos entre mujeres jóvenes, urbanas y de clase media. Sin embargo, tal como iría descubriendo a través de ella y del vínculo productivo con las mujeres del barrio, esta productiva intentaba mover mucho más que eso. Tal como ellas mismas enfatizaban públicamente y como se presentan en la web, el trabajo que promovían, además de buscar generar transformaciones individuales, procuraba enmarcarse en otras formas de economías. Economías que enunciaban como horizontales, sustentables, justas y sororas. Ello implicaba, en la letra: organizarse para trabajar entre compañeras, sin empleados ni patrones, y en asociación con otras productivas; promover producciones respetuosas y cuidadosas de la salud del planeta y de las personas; y generar acciones que potencien el empoderamiento y autocuidado de las mujeres, reconociéndolas como “las más postergadas del mercado laboral”, buscando fortalecer lazos y sororidad entre ellas. En el marco de este emprendimiento fue que Natu creó “La Manada” como un proyecto productivo de tejido. Y, desde allí, venía desde hacía tiempo intentando formar un grupo de mujeres tejedoras. Sin embargo, pese a que se habían ido acercando interesadas, no había logrado consolidar un colectivo que pudiera sostenerse en el tiempo. Hasta que Rebe le comentó que su mamá tejía con un grupo de mujeres en Villa El Libertador, y que, quizás, ellas “se enganchaban”. Así fue como Rebe y Natu, y con ella las mujeres de Luna Roja, llegaron a Villa El Libertador y establecieron el primer contacto con las mujeres de UniDHos a mediados de 2018. Para fines de ese año, Marisa, Roxi, Ruth, Claudia y Alba hicieron el primer gran trabajo para la productiva: 2000 señaladores para las agendas que producía anualmente. Durante el 2019, este proceso productivo se continuaría, marcando varios puntos de quiebre en las experiencias previas de las mujeres, entre las que me interesa destacar cinco aspectos:

1. La consolidación del tejido como práctica productiva distintiva: Como mencioné, la producción anterior era planteada en términos amplios de artesanías. La Manada comprendía, en cambio, únicamente producciones tejidas. Esto implicó la construcción de un proceso identitario colectivo como grupo de mujeres tejedoras, e individualmente como poseedoras, a su vez, de ese oficio.

2.El diseño de otros productos: De objetos para el hogar y vestimenta que cada una diseñaba libremente según su gusto, las mujeres pasaron a producir tejidos cuyos diseños y estéticas se enfocaban en lo que me atrevo a llamar “merchandising feminista”<sup>8</sup>. Estos eran, generalmente, pensados primero por Natu, discutidos luego con las mujeres, para finalmente presentárselos a Luna Roja. Una situación etnográfica que bien representa esta impronta diferente se dio en el debate sobre los señaladores para las Agendas 2020. Para esa ocasión, el único requerimiento transmitido por la productiva era que su diseño fuera “herbal”, o sea, podían ser flores, hojas, etc. Las mujeres, casi como un juego, descubrieron que entre los modelos que había realizado Ruth, había una hoja que parecía una vulva. La diversión fue buscar algún material que pudiera coserse como clítoris para ofrecerlo de muestra. Terminaron desarmando un collar de perlas de la exsuegra de Alba, sumamente fascinadas con lo subversivo que resultaba tal acción en términos simbólicos. Luego de mandarles su nueva propuesta, desde Luna Roja les respondieron que les había gustado pero no les convencían ni el color rosa ni la perla: “no está dentro de los tonos ni de los materiales que usamos, son materiales brillantes, de plástico, Luna Roja es un estilo como más rústico, usamos telas de algodón, ese tipo de cosas más ecológicas”, les mando en un audio Sofi, su creadora y principal referente. Hubo reacciones contrapuestas. Mientras Rebe y Natu se mostraron algo molestas y negadas a realizarle modificaciones -haciendo señalamientos sobre algunas contradicciones que había mostrado la productiva en otras ocasiones-, Marisa y Ruth fueron muy claras desde el inicio: “Esto es trabajo y son ellas las que deciden, el cliente siempre tiene la razón”.

3.La modificación de las estrategias de visualización y venta virtual: Pese a que “Trama, Arte y Locura” tenía una página de Facebook que había creado Roxi (pero el cual les costaba mucho sostener porque no sabían ni es interesaba mucho utilizarlo), desde el inicio de La Manada Natu concentró la difusión del grupo en una página que ella misma había creado con anterioridad. Los procesos productivos eran constantemente fotografiados por ella, al igual que los productos, fotos que, si

---

<sup>8</sup> Intento definir, con ello, la producción y comercialización de productos, que no son de primera necesidad, con insignias o slogans del feminismo: remeras, medias, ropa interior, imanes, prendedores.

tuviera que explicarlas desde mis ojos de treintañera de clase media, eran siempre estéticamente “lindas”. Ésta práctica no se basaba en un registro interno, sino para la difusión en redes sociales, donde las fotografías eran acompañadas por largos textos que más que la descripción técnica del producto, procuraban dar cuenta de los procesos colectivos y sus posicionamientos sobre la conformación de grupos de mujeres. Se trata de un lenguaje visual y textual que resultaba totalmente ajeno para las mujeres, y de instancias en las cuales ellas no participaban.

4.Apertura de redes de comercialización fuera del barrio: Las transformaciones e impulsos que generó La Manada, enmarcadas en un momento de gran movilización por parte del movimiento feminista, permitió el acceso a una red de espacios y organizaciones productivas que operaban fuera del barrio y que contaban con estructuras económicas funcionando y en crecimiento -a pesar de la profunda crisis-. En términos de producción, se vio representado en: a) las más de 200 fajas lunares<sup>9</sup> y 3000 señaladores de agendas que tejieron para Luna Roja, las cuales fueron revendidas en todo el país; b) los 70 monederos para la Fundación Fondo Mujeres del Sur, una fundación latinoamericana que las contacto por Facebook, que tiene sede en Córdoba y que acompaña y moviliza recursos de organizaciones internacionales para financiar y apoyar iniciativas focalizadas a la igualdad y justicia de género; c) los más de 500 pines verdes (por la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito) y violetas (con a insinia feminista) que vendieron, durante todo el año, tanto a Luna Roja como en marchas, pañuelazos, vigiliyas y ferias feministas.

5.Acercamiento a espacios políticos, de mujeres y feministas: En estrecha relación con el punto anterior, todos los nuevos espacios de comercialización que se habilitaron desde la conformación de La Manada resultaron espacios muy interesantes para las mujeres en términos de transformación personal y de politización. Particularmente dos de ellos fueron muy significativos: el 7° aniversario de Luna Roja, donde se compartieron experiencias y rituales en torno al autoconocimiento y cuidado corporal de la mujeres; y la marcha principal del

---

<sup>9</sup> Este era un producto diseñado por Natu, que consistía en una faja tejida con lana roja, cuyo uso era pensado para calentar el útero durante el ciclo menstrual.



Encuentro Nacional de Mujeres en La Plata, donde marcharon con una bandera tejida gigante con nombres bordados de víctimas de femicidios.

### **¿Changa, trabajo o proyecto colaborativo? Economías, y algo más, en tensión...**

Un asunto que resultó problemático desde los inicios de La Manada tuvo que ver con la diferentes percepciones que se tenían respecto de ese proyecto colectivo. Si bien en uno de los primeros encuentro se discutió y se acordó que la intensidad del grupo era “hacer objetos tejido para generar un ingreso económico”, diversas situaciones permitían ver intereses contrapuestos.

Antes que nada, cabe mencionar que la producción de cada tejido implicaba un proceso similar, bajo un acuerdo explícito: una vez definido el modelo, Rebe, Alba y/o Natu compraban las lanas en comercios del centro de la ciudad. Al jueves siguiente se encontraban en la Casa del Pueblo para ovillar todas juntas. Luego se distribuían los materiales en partes iguales. A algunas podía rendirle más o menos la lana (esto dependía de la forma de tejido, principalmente de la tensión de los dedos al tejer) pero la idea era que todas trabajaran la misma cantidad de horas para distribuir, al final, la paga en partes iguales. Sin embargo, en la práctica, el posicionamiento que asumía Natu en esos procesos la ubicaba en un lugar diferente a las otras. Ella era la que acordaba los diseños finales de los productos, la que gestionaba el dinero necesario para la compra del material, la que pasaba las medidas, la que, al final, hacía la entrega y recibía el pago, para luego distribuirlo. Esto tenía que ver, en parte, con su vínculo directo con Luna Roja y con ser ella la referencia, para esta productiva, de La Manada.

Un conflicto en particular, ocurrido durante la producción de fajas menstruales de agosto de 2019, tensionó estas diferencias y desigualdades de roles. Aunque ya habían tejido fajas con anterioridad, el cambio en el tipo de lana había modificado las medidas, información que Natu compartió dos semanas después de que se distribuyera el material. Marisa, Ruth, Roxy, Claudia y Alba ya tenían varias fajas tejidas, algo que no era casual ya que siempre que arrancaban con un trabajo las tres se ponían automáticamente a producir, pero el problema era que no coincidían con las nuevas medidas. Enojada y negada a destejerlas, Marisa responsabilizó a Natu de la situación y le manifestó a que sí ella había “agarrado” el trabajo y comprado el material, tendría que haberles avisado antes. Frente a ello, Natu le

respondió que no se trataba de un trabajo que “ella había agarrado” sino de un “proyecto” en el cual ella las había invitado a participar si tenían ganas.

A diferencia de Natu, Marisa, Roxi, Claudia y Ruth veían en La Manada, antes que nada, una posibilidad de generar un ingreso económico: “Yo vengo acá porque necesito la plata, necesito la changa”, le manifestó Claudia en una oportunidad frente a la demora que había tenido en traer los materiales para comenzar un trabajo. Estas urgencias podían verse en los anhelos que expresaban para cuando fueran a cobrar o para lo que efectivamente destinaban el dinero: “Cuando cobremos los monederos me voy a comprar dos costeletas, ¡quiero carne!”, expresó Marisa; “Hoy en vez de guiso de arroz, hay milanesas de pollo”, manifestó Ruth cuando cobraron las fajas.

El posicionamiento de Natu como alguien que invita a otras a colaborar en un proyecto, sin embargo, no era personal. Se vinculaba directamente con las formas de intervención enunciadas y practicadas por Luna Roja en el marco de lo que definían como economías sororas: formas de construir relaciones económicas que, en detrimento a las economías mercantiles, busquen reivindicar los vínculos humanos y de solidaridad entre mujeres. En una publicación a raíz de su 8° aniversario, desde Luna Roja manifestaron: “Nosotras más que trabajar, colaboramos. Colaboramos para que más mujeres puedan encontrarse y seguirse a sí mismas, colaboramos entre nosotras para que nuestra tarea, nuestro servicio, nos sirva para vivir y lo vivamos con alegría y con placer (...). Nosotras, colaborando, nos hacemos realidad los sueños”. En la práctica, sin embargo, este discurso desdibujaba diversas situaciones que sí eran leídas por las mujeres como asuntos “de trabajo”, como la negociación en torno al precio final de un producto, la demanda de exclusividad en la producción de algunos tejidos, el tiempo no remunerado implicado en la compra de insumos o en preparación del material -ovillado de la lana-.

Pero, por otro lado, para las mujeres fue construyéndose, en este proyecto, algo más que urgencia económica. Los trabajos de tejido que realizaban para Luna Roja se habían convertido en una actividad que efectivamente ocupaba su tiempo cotidiano. Y el tejer, como práctica, las movilizaba no sólo en términos de trabajo.

Como solía expresar Ruth, era una actividad que lograba desconectarla de la realidad, hacerla olvidar de sus problemas, canalizar sus ansiedades y mantenerla concentrada. Pude experimentar esas sensaciones cuando aprendí a tejer junto a ellas. La velocidad de los dedos cuando motrizmente aprendes a hacerlo, da la sensación de que fuera una acción humana innata que tiene el poder de abstraerte del entorno -de hecho tuve que dejar de hacerlo porque terminaba concentrándome tanto en el tejido que dejaba de seguir las situaciones que ocurrían a mi alrededor, además de que no te permite, al menos cuando sos aprendiz, hacer contacto visual-. Los momentos en los que los pedidos las tenían a contrarreloj, solían aparecer también las consecuencias corporales: dolores de todo tipo debido a las malas posturas y por la cantidad de horas sentadas, tensión en manos, hombros y cervicales, cansancio mental debido a la concentración visual. Sin embargo, las mujeres del barrio lejos estaban de mostrarse quejas al respecto, sino que solían compartirlo como un forma de demostrar el esfuerzo que habían hecho por terminar un pedido, siendo el cansancio una de sus consecuencias. También valoraban la posibilidad de juntarse a tejer en la Casa del Pueblo, aunque Natu y Rebe no fueran. En diversas ocasiones solían quedarse hasta las 21 o 22 horas, expresando que no querían volver a sus casa (“que vean ellos qué se cocinan”, decía Ruth refiriéndose a su pareja y a sus hijas), o hacer planes para pasar todo el fin de semana tejiendo. El tejido se convirtió en un oficio que las mujeres fueron adoptando con orgullo, primordialmente, mientras el vínculo comercial con Luna Roja fue fluido.

Estas tensiones en los intereses que condensaba La Manada, entre la changa, el trabajo o el proyecto colaborativo, nos permite pensar en las experiencias y percepciones disímiles en relación a ese proceso productivo colectivo. Por un lado, la changa , sea limpiando la casa de la abogada del country o tejiendo los señaladores para las agendas que mis amigas y yo compraríamos todos los años, encarnaba la principal forma de relación de estas mujeres con el mundo del trabajo. Pensándola como categoría nativa, podría decir que la changa es una actividad remunerada, pero que no garantiza un trabajo estable o asegurado. Características que, como vimos más arriba, compartían la inmensa mayoría de los trabajos

remunerados a los que habían logrado acceder estas mujeres en diferentes momentos de sus vidas.

Pero a diferencia de otras changas, el tejido involucraba dos cuestiones de gran valor para las mujeres: 1) involucraba el aprendizaje de un oficio que les permitía proyectarse e imaginarse en relación a otras actividades que podían ser remunerativas (por fuera del trabajo doméstico y los trabajos del cuidado), distanciándose de los prejuicios y la violencia social que las señala como “no trabajadoras”; 2) era un proceso que vivían colectivamente, como supo expresar Ruth en una ocasión: “aunque piensen que somos vagas porque solo nos juntamos a tejer y tomar mates, prefiero venir a engordar con ustedes que hacerlo sola en mi casa”.

En relación a las tensiones con Natu y las chicas de Luna Roja, su planteo de que La Manada era un proyecto colaborativo chocaba en la práctica porque terminaba configurando un “nosotras” y un “otras”: las que invitan a participar en un proyecto y las que colaboran. La horizontalidad que intentaban construir en las relaciones económicas, se tensionaba en esa desigualdad de roles. Desigualdad que se sumaba a las distancias de clase ya existentes entre ellas, las cuales muchas veces parecían quedar invisibilizadas en sus conflictos.

### **La Manada, encuentros y desencuentros**

Las desigualdades de clase fueron, históricamente, un asunto problemático dentro del movimiento feminista y de mujeres. En la presentación escrita de La Manada, Natu define la sororidad como un “pacto de solidaridad, empatía y compañerismo entre mujeres, que nos hace estar dispuestas a ayudarnos y protegernos entre nosotras”. La sororidad es un concepto antiguo, que derivada de la palabra latina soror, que significa “hermana”. Durante los últimos años y con el avance de la cuarta ola feminista, el término volvió a tener popularidad social. Sin embargo, tal como vienen planteando intelectuales feministas desde hace décadas: “no hay nada acerca de ser mujer que naturalmente una a las mujeres” (Haraway 1995).

La Manada, como espacio de encuentros y desencuentros entre mujeres, ponía estas nociones de hermandad y sororidad constantemente en tensión, sobre todo entre

Natu y el resto de las mujeres. Quizás porque una de sus principales dificultades estaba en no terminar de reconocer, en la práctica, las diferencias de clase y las desigualdades de capitales y oportunidades: estas cuestiones que mencionábamos más arriba, entre las urgencias materiales y los deseos y proyecciones de las mujeres en relación a acceder a un trabajo y aprender un oficio.

A su vez, en reiteradas situaciones se desconocían sus recorridos y trayectorias previas como colectivo de mujeres. Este era, de hecho, uno de los valores más grandes para la productiva, y uno de los aspectos que más les costaba potenciar en sus prácticas cotidianas. Es decir, La Manada pudo construirse como grupo gracias a la existencia previa de Cosas de Mujeres, incluso de su proyecto de tejido. Allí radicaba un importante capital que venía del barrio: el trabajo político y afectivo, feminizado en las últimas décadas, que unía a estas mujeres en la búsqueda colectiva por acompañarse y mejorar sus vidas cotidianas.

Pese a estos desencuentros, La Manada venía significando muchas cosas para las mujeres. Además de la posibilidad de generar recursos económicos, un aspecto no menor en la creciente precarización de sus condiciones de vida, permitía el transitar por otros territorios fuera del barrio: marchas, Encuentros Nacionales de Mujeres, encuentros feministas. Estos espacios posibilitaban la politización de sus experiencias cotidianas, y el encuentro con otras experiencias de vida feministas.

Particularmente creo que La Manada abre un interesante espacio para pensar relacionamente todas estas experiencias (económicas, políticas, feministas), desde y entre mujeres que tienen trayectorias y experiencias de vida muy diferentes (de clase, laborales, familiares, habitacionales). El desafío quizás sea potenciar la comunicación en esa diversidad, que esos encuentros y desencuentros puedan ponerse en palabras, visiones sobre las cuales me interesaría seguir trabajando para contribuir en el debate de estos procesos con sus mismas protagonistas.

### **Referencias bibliográficas**

- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.

- Haraway, D. (1995). Conocimientos Situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En Haraway, D. *Ciencia, ciborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Lorey, I. (2016). *Estado de Inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Merklen, D. (2010[2005]). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en a era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Quirós, J. (2021). *¿Para qué sirve unx antropologx? La intervención antropológica y sus relaciones con la intervención*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades.
- Reusa, V. (2020). El carácter “productivo” de lo colectivo. Reflexiones, aprendizajes y descubrimientos antropológicos junto a un grupo de mujeres de Villa El Libertador. Ponencia presentada en las *I Jornadas de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades*. Córdoba: Programa de DDHH, FFyH, UNC.